Dulce al amor, feliz ó desvalido,
Meditar ya el placer, ya la esperanza.
Dulce es tambien á la feroz venganza,
Que no obedece al tiempo ni al olvido,
Los sedientos rencores que ha sufrido,
Apagar entre el fuego y la matanza.

A un bien aspira todo vicio humano; Teñida en sangre, la ambicion impía Sueña en el mando y el laurel glorioso.

Sola tú, envidia horrenda, monstruo insano, Ni conoces ni esperas la alegría; Que ¿dónde irás que no haya un venturoso?

LEANDRO FERNANDEZ MORATIN.

ELEGIAS.

Á LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO CONDE DOCTOR, ANTICUARIO, HISTORIADOR Y HU-MANISTA.

¡Te vas, mi dulce amigo,
La luz huyendo al dia!
/Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fria
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!
Y á mí, que débil siento

El peso de los años, Y al cielo me lamento De ingratitud y engaños, Para llorarte ¡mísero! Largo vivir me da.

O fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
A aquellas almas inclitas,
Del mundo admiracion;

O á mí solo llevára
La muerte presurosa,
Y tu virtud gozára
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nacion.

Al estudio ofreciste Los años fugitivos, Y jóven conociste Cuánto le son nocivos Al generoso espíritu El ocio y el placer.

Veloz en la carrera,
Al templo te adelantas
Donde Témis severa
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas digno intérprete
Llegaste á florecer.

Cinéronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicona;
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.

Con ella, renovando La voz de Anacreonte, Eco amoroso y blando Sonó de Pindo el monte, Y te cedió Teócrito La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia De idiomas diferentes: El ritmo y afluencia Que usaron elocuentes Arabia, Roma y Atica, Supiste declarar.

Y el cántico festivo, Que en bélica armonía El pueblo fugitivo Al Númen dirigia, Cuando al feroz ejército Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo Que lo pasado oculta, Entregó á tu desvelo Bronces que el arte abulta, Y códices y mármoles Amiga te mostró:

Y allí, de las que han sido Ciudades poderosas, De cuantas dió al olvido Acciones generosas La edad que vuela rápida, Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado Llevó á Jerez su saña, Y al suelo derribado Cayó el poder de España, Subiendo al trono gótico La prole de Ismael;
Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel.

A tí fué concedido Eternizar la gloria De los que ha distinguido La paz ó la victoria, En dilatadas épocas Que el mundo vió pasar.

Y á tí de dos naciones Ilustres enemigas Referir los blasones, Hazañas y fatigas, Y de candor histórico Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba De tu saber el fruto, Y ofrecerle esperaba En aplausos tributo, La nueva de tu pérdida Debe primero oir.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba,
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido Espiritu, perdona. Si en la region de olvido Ciñes áurea corona, Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardon,
No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambicion.

Á LAS MUSAS.

Esta corona, adorno de mi frente, Esta sonante lira y flautas de oro, Y máscaras alegres, que algun dia Me disteis, sacras Musas, de mis manos Trémulas recibid, y el canto acabe, Que fuera osado intento repetirle. He visto ya cómo la edad ligera, Apresurando á no volver las horas, Robó con ellas su vigor al númen. Sé que negais vuestro favor divino A la cansada senectud, y en vano Fuera implorarle; pero en tanto, bellas Ninfas, del verde Pindo habitadoras, No me negueis que os agradezca humilde Los bienes que os debi. Si pude un dia, No indigno sucesor de nombre ilustre, Dilatarle famoso, á vos fué dado Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo Pudo bastar vuestro amoroso anhelo A prestarme constancia en los afanes Que turbaron mi paz, cuando insolente, Vano saber, enconos y venganzas,

Codicia y ambicion, la patria mia Abandonaron á civil discordia.

Yo vi del polvo levantarse audaces A dominar y perecer tiranos: Atropellarse efimeras las leyes, Y llamarse virtudes los delitos. Vi las fraternas armas nuestros muros Bañar en sangre nuestra, combatirse, Vencido y vencedor, hijos de España, Y el trono desplomándose al vendido Impetu popular ; de las arenas Que el mar sacude en la fenicia Gades, A las que el Tajo lusitano envuelve En oro y conchas, uno y otro imperio, Iras, desórden esparciendo y luto, Comunicarse el funeral estrago. Así cuando en Sicilia el Etna ronco Revienta incendios, su bifronte cima Cubre el Vesubio en humo denso y llamas, Turba el Averno sus calladas ondas; Y allá del Tibre en la ribera etrusca Se estremece la cúpula soberbia, Que al vicario de Cristo da sepulcro. ¿Quién pudo en tanto horror moyer el plectro? Quién dar al verso acordes armonías, Oyendo resonar grito de muerte? Tronó la tempestad; bramó iracundo El huracan, y arrebató á los campos Sus frutos, su matiz; la rica pompa Destrozó de los árboles sombrios. Todas huveron timidas las aves Del blando nido, en el espanto mudas: No más trinos de amor. Así agitaron Los tardos años mi existencia, y pudo Sólo en region extraña el oprimido

Animo hallar dulce descanso y vida.

Breve será, que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar..... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella..... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

EPÍSTOLA.

A CLAUDIO.

EL FILOSOFASTRO.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante, Locuaz declamador, á verme vino En punto de las diez. Si de él te acuerdas, Sabrás que no tan sólo es importuno, Presumido, embrollon, sino que á tantas Gracias añade la de ser goloso, Más que el perro de Fílis. No te puedo Decir con cuántas indirectas frases, Y tropos elegantes y floridos,

Me pidió de almorzar. Cedí al encanto De su elocuencia, y vieras conducida, Del rústico gallego que me sirve, Ancha bandeja con tazon chinesco Rebosando de hirviente chocolate (A tres pajes hambrientos y golosos Racion cumplida), y en cristal luciente Agua que serenó barro de Andújar; Tierno y sabroso pan, mucha abundancia De leves tortas y bizcochos duros, Que toda absorben la pocion suave De Soconusco, y su dureza pierden. No con tanto placer el lobo hambriento Mira la enferma res que en solitario Bosque perdió el pastor, como el ayuno Huésped el dón que le presento opimo. Antes de comenzar el gran destrozo, Altos elogios hizo del fragante Aroma que la taza despedia, Del esponjoso pan, de los dorados Bollos, del plato, del mantel, del agua; Y empieza á devorar. Mas no presumas Que por eso calló; diserta y come, Engulle y grita, fatigando á un tiempo Estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo! ¡Cuánta doctrina acumuló, citando, Vengan al caso ó no, godos y etruscos! Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda! ¡ Vicios abominables! ¡ Oh costumbres! Oh corrupcion! » exclama; y de camino Dos tortas se tragó. «¡Que á tanto llegue Nuestra depravacion, y un placer solo Tantos afanes y dolor produzca A la oprimida humanidad! Por este Sorbo llenamos de miseria y luto

La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente;
Y para que más grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en África compró, simple y desnudo.
10h, qué abominacion!» Dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo canjilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa Llanto causa tambien, de mármol eres; Que es mucha erudicion, celo muy puro, Mucho prurito de censura estóica El de mi huésped; y este celo, y esta Comezon docta, es general locura Del filosofador siglo presente. Más difíciles somos y atrevidos Que nuestros padres, más innovadores, Pero mejores no. Mucha doctrina, Poca virtud. No hay picaron tramposo, Venal, entremetido, disoluto, Infame delator, amigo falso, Que ya no ejerza autoridad censoria En la Puerta del Sol, y alli gobierne Los estados del mundo; las costumbres, Los ritos y las leyes mude y quite. Próculo, que se viste y calza y come De calumniar y de mentir, publica Centones de moral. Nevio, que puso Pleito á su madre y la encerró por loca, Dice que ya la autoridad paterna Ni apovos tiene ni vigor, y nace La corrupcion de aquí. Zenon, que trata

De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo..... Claudio, todos
Predican ya virtud como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora.....
¡Dichoso aquel que la practica y calla!

SONETOS.

JUNIO BRUTO.

Suena confuso y misero lamento
Por la ciudad; corre la plebe al foro,
Y entre las fasces que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.
Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atencion sonoro;
Arde el incienso en los alfares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.
Valerio alza la diestra: en ese instante
Al uno y otro jóven infelice

Hiere el lictor, y sus cabezas toma.

Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta, y dice:

«Gracias, Jove inmortal; ya es libre Roma.»

Á LA MEMORIA DE DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.

Ninfas, la lira es ésta, que algun dia Pulsó Batilo en la ribera umbrosa Del Tormes, cuya voz armonïosa El curso de las ondas detenia.

Quede pendiente en esta selva fria Del lauro mismo, que la cipria diosa Mil veces desnudó, cuando amorosa La docta frente á su cantor ceñia.

Intacta y muda entre la pompa verde (Sólo en sus fibras resonando el viento), El claro nombre de su dueño acuerde;

Ya que la patria, en el comun lamento, Feroz ignora la opinion que pierde, Negando á sus cenizas monumento.

Á LA MUERTE DEL EXCELENTE ACTOR
ISIDORO MAIQUEZ.

Tú solo el arte adivinar supiste Que los afectos acalora y calma; Tú la virtud robustecer del alma, Que al oro, al hierro, á la opresion resiste.

Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste;
¿ A quién dejaste sucesor muriendo?
¿ De quién ha de esperar igual decoro
La escena, que te pierde y abandonas?
Así dijo Melpómene, y vertiendo
Lagrimas en la tumba de Isidoro,
Cetro depone y púrpura y coronas.

EPIGRAMAS.

¿Veis esa repugnante criatura, Chato, pelon, sin dientes, estevado Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado? Pues lo mejor que tiene es la figura.

Si al decorar tus salones, Fanio, á Mercurio prefieres, Tienes á fe mil razones; Que es Dios de los mercaderes, Y tambien de los ladrones.

Pobre Geroncio, á mi ver Tu locura es singular; ¿Quién te mete á censurar Lo que no sabes leer?

En un cartelon lei, Que tu obrilla baladí La vende Navamorcuende..... No ha de decir que la vende, Sino que la tiene allí.

- Cayó á silbidos mi Filomena.
- -Solemne tunda llevaste ayer.
- -Cuando se imprima verán que es buena. -LY qué cristiano la ha de leer?

Tu crítica majadera De los dramas que escribi, Pedancio, poco me altera; Mas pesadumbre tuviera Si te gustáran á tí.

Pedancio, á los botarates Que te ayudan en tus obras No los mimes ni los trates; Tú te bastas y te sobras Para escribir disparates.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

EPÍSTOLA.

AL DUQUE DE FRIAS CON MOTIVO DE LA MUERTE DE LA DUQUESA.

¡Desde las tristes márgenes del Sena, Cubierto el cielo de apiñadas nubes, De nieve el suelo, y de tristeza el alma, Salud te envia tu infeliz amigo, A tí más infeliz!.... Y ni le arredra El temor de tocar la cruda llaga, Que áun brota sangre, y de mirar tus ojos Bañarse en nuevas lagrimas..... ¿Qué fuera Si no llorára el hombre?..... Y o mil veces He bendecido á Dios, que nos dió el llanto Para aliviar el corazon, cual vemos Calmar la lluvia al mar tempestuoso.

Llora, pues, llora; otros amigos fieles,
De más saber y de mayor ventura,
De la estoica virtud en tus oidos
Harán sonar la voz; yo que en el mundo
Del cáliz de amargura una vez y otra
Apuré hasta las heces, no hallé nunca
Más alivio al dolor que el dolor mismo;
Hasta que ya cansada, sin aliento,
Luchando el alma, y reluchando en vano,
Bajo el inmenso peso se rendia.....

¿Lo creerás, caro amigo?... Llega un tiempo

En que gastados del dolor los filos, Ese afan, esa angustia, esa congoja, Truécanse al fin en plácida tristeza; Y en ella absorta, embebecida el alma, Repliégase en sí misma silenciosa, Y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea; y yo otras veces Lo dudé como tú; juzgaba eterna Mi profunda afficcion, y grave insulto Anunciarme que un tiempo fin tendria..... Y le tuvo: de Dios á los mortales Es esta otra merced; que así tan sólo, Entre tantas desdichas y miserias, Sufrir pudieran la cansada vida.

Espera, pues: da crédito á mis voces, Y fíate de mí......; Quién en el mundo Compró tan caro el triste privilegio De hablar de la desdicha?... En tantos años, ¿Viste un dia siquiera, un solo dia ; En que no me mirases vil juguete De un destino fatal, cual débil rama Que el huracan arranca, y por los aires La remonta un instante, y contra el suelo La arroja luégo, y la revuelca impío?....

Lo sé: contra los golpes de la suerte, Cuando sólo en nosotros los descarga, El firme corazon opone escudo; Mas no acontece así.....; Y acaso piensas Que no he perdido nunca á quien amaba Más que á mi propia vida?... Si un momento Te da tregua el dolor, vuelve los ojos A un huérfano infeliz, enfermo, triste, Solo en el mundo, sin tener ya apénas A quien llorar..., que á todos en la tumba Unos tras otros los hundió la muerte. En la misma estacion (¿vés? tu desgracia Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)
Perdí una madre tierna, idolatrada,
Mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas
Mi triste padre descendió á la tumba;
Y abrazados bajaron, de consuno
Pronunciando mi nombre, que á lo léjos
Sonó en mi corazon, no en mis oidos...
Corrí, volé, llegué; mas ya fué en vano;
La fatal losa á entrambos cobijaba;
Y para colmo de pesar y angustia,
¡Aún encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, más consuelos En tu grave afliccion... Aunque rebelde Se vuelva contra mí tu pena misma, Por fuerza has de escuchar mi voz severa, Que no aduló jamas á la fortuna, Ni ahora adula al dolor.—Tú en tu desgracia Hallaste mil consuelos, que la suerte Cruelmente me negó: viste á tu esposa Y la cuidaste en su dolencia extrema; Tú recibiste su postrer suspiro; Tú estrechaste su mano; tú la viste Tender á tí los brazos, y cual prenda En los tuyos dejar su amada hija......

Pero yo propio, sin querer, ahondo
El puñal en tu pecho, renovando
Ante tu vista la funesta imágen
De la noche fatal, en que áun luchaba
La vida con la muerte.... Ya sus penas
Para siempre acabaron: ella misma,
Vueltos al cielo los piadosos ojos
Se lo rogó en su angustia; y la esperanza
Brilló al morir en su serena frente.

10h, si nos fuera dado del sepulcro

Penetrar los arcanos!..... ¡ Cuántas veces Nuestro acerbo dolor se templaria! En este mismo instante, en que lamentas De tu mísera Esposa el fatal hado, ¿ Quién te ha dicho, infeliz, que más dichosa No esté gozando de eternal ventura? ¡ Callas, y sobre el pecho la cabeza Dejas caer!.... No calles, no : responde: Sondea, si te atreves, el abismo Que de tu amada Esposa te separa; Cruza la eternidad; y luégo dime En dónde está, si es mísera ó dichosa, Si pide luto ó parabien.

No ha mucho
(A tí contarlo puedo; alegres otros
Riyeran de mi triste desvarío)
Hallándome en la orilla encantadora
Del mar tirreno, la ciudad dejaba,
Madre de los placeres, y á Pompeya
La débil planta absorto dirigia.....
Fuentes, jardines, quintas y palacios
A mis ojos brillaban; mas la mente
Penetraba más hondo, y poco á poco
Se iba estrechando el corazon.... las flores
Entre lava nacian; y esos pueblos,
Hoy ricos, florecientes, ocultaban
Otros pueblos felices algun dia,
Labrados sobre otros que ya fueron.

Llegaba al fin á divisar los muros
De la ciudad desierta; y ya anunciaban
Que fué un tiempo morada de los hombres
Los sepulcros que orlaban la ancha vía.
A su arrimo descansa el pasajero;
Que ellos le dan sombra y reposo. ... Al cabo,
A las puertas tocaba; y en su linde

El vacilante pié se detenia,
Cual si temiese profanar osado
La mansion de los muertos. — Ni un acento,
Ni una voz, ni un murmullo.... hasta parece
Que el eco está allí mudo, y no responde.
Cruzaba lento las estrechas calles
Sin huella humana; pórticos y plazas
Sin un solo viviente; en pié los muros,
Desiertos los hogares; y en los templos
Sin víctimas las aras.... y áun sin dioses.

¡ Qué pequeño, qué misero y mezquino El mundo ante mis ojos parecia Cuando me hallaba alli!.... Sonrisa amarga Asomaba á mis labios, recordando La ambicion de los hombres, sus venganzas, Sus proyectos sin fin: un breve soplo Sus bienes y sus males como el humo Disipa; y la ceniza á cubrir basta Una inmensa ciudad, cual leve polvo Cubre un vil hormiguero......

En tristes reflexiones, recorria
Aquel vasto recinto silencioso,
Cual una sombra vaga entre sepulcros.
Los lazos que me ataban á la tierra,
Aflojarse sentia; y libre el alma
Lanzábase, dejando atras los siglos,
Al espacio sin límites..... ¡Si vieras
Lo que es la triste vida, comparada
A aquella inmensidad! De cierto, amigo,
Cuajadas en tus ojos quedarian
Esas copiosas lágrimas que viertes;
Y en la tierra fijándolos, tú propio
Allí vieras el término á los males,
El descanso y la paz, de que ya goza

La que tú lloras ; tú que por el suele Arrastras como yo la dura carga.

Mas en tanto que el cielo te concede. Volverte á unir á tu adorada Esposa, Consagra á su memoria los instantes Que de ella ausente estés; y su recuerdo Tu corazon anime; y en tus labios Resuene siempre su apacible nombre....; Ni cómo de tu Esposa olvidarias El claro ingenio, el alma generosa, La divina beldad; dotes preciados Que rara vez el mundo admiró unidos!

Mas ya te veo hácia el opaco bosque De cipreses y adelfas caminando. Pendiente de tu diestra una corona De tristes siemprevivas, y los ojos Apénas alzas, descubrir temiendo El monumento de perpétua pena Que de tu Esposa las cenizas guarda.... Tanto infeliz como acorrió piadosa, Tanto huérfano pobre y desvalido De que fué tierna madre, los que un dia Su bondad y sus prendas admiraron, En largas filas, silenciosos, mustios, Tus pasos lentamente van siguiendo, Y cercan su sepulcro.... No los oyes? Suyos son los tristísimos sollozos, Suyas las quejas y el confuso llanto Que interrumpen las fúnebres plegarias.... Yo aqui no tengo, para ornar su tumba, Ni una flor que enviarte: que las flores No nacen entre el hielo; y si naciesen, Sólo al tocarlas yo se marchitáran.

LA VUELTA A LA PATRIA.

Amada patria mia,
Al fin te vuelvo á ver!.... Tu hermoso suelo,
Tus campos de abundancia y de alegría,
Tu claro sol y tu apacible cielo!....
Sí: ya miro magnifica extenderse
De una y otra colina á la llanura
La famosa ciudad; descollar torres
Entre jardines de eternal verdura;
Besar sus muros cristalinos rios;
Su vega circundar erguidos montes;
Y la Nevada Sierra
Coronar los lejanos horizontes.

No en vano tu memoria
Doquiera me seguia;
Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria;
¡El corazon y el alma me oprimia!
Del Támesis y el Sena
En la aterida márgen recordaba
Del Dauro y del Genil la orilla amena;
Y triste suspiraba;
Y al ensayar tal vez alegre canto,
Doblábase mi pena,
Mi voz ahogaba el reprimido llanto.

El Arno delicioso
Me ofreció en balde su feraz recinto,
Esmaltado de flores,
Asilo de la paz y los amores.
«Mas florida es la vega
Que el manso Genil riega;
Más grata la morada
De la hermosa Granada.....»
Y otras sentidas voces
Murmuraba con triste desconsuelo;

Y el hogar de mis padres recordando, Los mustios ojos levantaba al cielo.

Tal vez en mi dolor más me placia
De agreste sitio el solitario aspecto;
De las ciudades azorado huia,
Y ansioso, palpitante,
Los escabrosos Alpes recorria;
Mas su nevada cumbre
No tan viva y tan pura reflejaba
Del sol la clara lumbre
Cual la Nevada Sierra,
Cuando el astro del dia
Un torrente de luz vierte en la tierra.

De Pompeya las ruinas pavorosas, Sus calles silenciosas, Sus pórticos desiertos. De hierba ya cubiertos, Mi profundo pesar lisonjeaban: Y graves reflexiones En mi agitada mente despertaban. ¿Qué vale el poder vano Del miserable humano? En abatir su orgullo y su renombre La suerte se complace; Y las obras que eternas juzga el hombre. Con un soplo deshace.... Por el rastro de escombros junto al Tiber Hoy busca el caminante Del sumo Jove la ciudad triunfante: Rompe el arado la fecunda tierra, Que cual lóbrega tumba Los sacros restos de Herculano encierra; Y si Pompeya en pié mira sus muros, Los siglos carcomieron su cimiento; Y al respirar el viento,

Tiemblan sobre su planta mal seguros.

Así en mi juventud yo vi las torres
De la soberbia Alhambra quebrantadas
Amenazar del Dauro la corriente
Con su ruina inminente;
Cada rápido instante de mi vida
El plazo apresuró de su caida;
Y del antiguo Alcázar soberano,
En que el moro poder vinculó ufano
Su gloria á las edades,
Tal vez un dia ni hallarán mis ojos
Los míseros despojos....
A tan funesta imágen, en el pecho
Mi corazon se ahogaba;
Y en lágrimas deshecho,
Al nié de los sepulcros me postraba...

Al pié de los sepulcros me postraba.... ¿Cuál es tu mágia, tu inefable encanto, Oh patria, oh dulce nombre, Tan grato siempre al hombre? El tostado africano. Léjos tal vez de su nativa arena, Con pesar y desden los prados mira, Y por ella suspira: Hasta el rudo lapon, si en hora infausta Se vió arrancado del materno suelo, Envidia y ansia las eternas noches, Los yertos campos y el perpétuo hielo; Y yo, á quien diera la benigna suerte Nacer, Granada, en tu feliz regazo, Y crecer en tu seno, De tantos bienes lleno: Yo triste, ausente de la patria mia, ¿De tí me olvidaria?

En las ásperas costas africanas, Al náufrago inhumanas, Yo tu sagrado nombre repetia; Y las inquietas olas Llevábanlo á las costas españolas. En el polo apartado Oyólo de mi labio el mar furioso, Por el teson del bátavo enfrenado; Oyólo el Rhin, el Ródano espumoso, El alto Pirineo, el Apenino; Y del Vesubio ardiente En el cóncavo hueco Por vez primera repitiólo el eco.

AL SUEÑO.

Único alivio del mortal infausto, Bálsamo dulce del herido pecho, Vén, blando Sueño, y mis cansados ojos Lánguido cierra!

Vén, y cobija con tus graves alas, Dios silencioso, mi apartado lecho, De amor un tiempo venturoso nido,

Mísero ahora.

Goce adormido en tus tranquilos brazos,
Al són del viento que las hojas mueve,
O al sordo ruido de lejana lluvia,

plácida calma.

La hermosa imágen de mi dueño ausente
Miren mis ojos y mis brazos ciñan;
Y el dulce néctar de su dulce boca

Ávido beba.

Ni oscura sombra ni mortal gemido

Turben, joh Sueño! mi feliz descanso; Ni de mi frente en el beleño escondas Áspero abrojo.

SONETOS

MIS PENAS.

Pasa fugaz la alegre primavera,
Rosas sembrando y coronando amores;
Y el seco estío, deshojando flores,
Haces apiña en la tostada era:
Mas la estacion á Baco lisonjera
Torna á dar vida á campos y pastores;
Y ya el invierno anuncia sus rigores,
Al tibio sol menguando la carrera.
Yo una vez y otra vez vi en Mayo rosas,
Y la mies ondear en el estío;
Vi de otoño las frutas abundosas,

Y el cielo estéril del invierno impio: Vuelan las estaciones presurosas.... ¡Y sólo dura eterno el dolor mio!

Libre quiso correr el turbio Sena; Y apénas lo pregona envanecido, Con propia sangre mirase teñido Y arrastrando más bárbara cadena: Furioso rompe el cauce que lo enfrena, Hierve, y se ensancha, y tala embravecido, Y el continente cubre, y su bramido De escándalo y terror al orbe llena. Ufano ya con tan inmensa gloria, Disputa al mar el sumo poderío, Y señor se proclama de la tierra; Miéntras, burlando al insolente rio, Corre el Tormes cantando su victoria, Y dando al mundo la señal de guerra.

BERNARDINO FERNANDEZ DE VELASCO,

DUQUE DE FRIAS.

DON JUAN DE LANUZA.

LEYENDA DRAMÁTICA.

En el silencio de la noche umbría Airada Zaragoza, alza la frente, Y á usanza de Aragon, con vocería, Prorumpe, en fin, la sublevada gente: a; Vivan los fueros! ¡Viva Aragon!

¡Viva Aragon! ¡Viva Aragon! ¡Viva Aragon! »Prelados y ricos-homes, Ermúneo brazo infanzon, Hoy el pendon levantamos De los fueros de Aragon. "Publíquense los pregones, Con el fuero de la Union, Convocando á la defensa De los fueros de Aragon.

»; Vivan los fueros!
¡Viva Aragon!
¡Viva el Justicia!
¡Viva Aragon!
»Que truenen los arcabuces,
Los mosquetes y el cañon,
Pues vuelve el Rey de Castilla

Sus armas contra Aragon.

n Para que la Santa Virgen

Proteja nuestra intencion,

Proteja nuestra intencion, En el Pilar tremolenios La bandera de Aragon.

"¡Viva los fueros!
¡Viva Aragon!
¡Viva el Justicia!
¡Viva Aragon!»

Así cundia el popular tumulto, En la noble esforzada Zaragoza, Al despuntar en el rosado oriente El fresco albor de la vecina aurora.

Mas luégo el humo de tronantes armas Al sol los rayos luminares roba, Y los volteados címbalos sonoros Con su rimbombe á la ciudad asordan.

A la defensa general acuden
Los que en los campos comarcanos moran;
Campos que al Ebro, al Gállego y al Huerva
Deben la gala de su verde pompa.

Sobre alta pica una bandera gualda Al libre viento el tafetan desdobla; Sobre él las armas de Aragon campean, Y este mote tambien en letras rojas:

« Hagan fuero á Antonio Perez
De la manifestacion,
Porque sólo á los herejes
Los prende la Inquisicion.»
La voz y mando de la alzada gente
Don Juan de Luna denodado toma,
Noble infanzon, cuya ascendencia ilustran

Del reino de Aragon antiguas glorias.
Chambergo traje militar vistiendo,
Negras labores su casaca adornan,
Y, fiel recuerdo de la amada ausente,
Banda de Flándes cubre su valona.

«¡Viva Don Juan de Luna!», proclamaban Los que bizarros á la lid se aprontan, Y con armas las calles y las plazas Discurren de la augusta Zaragoza.

A tanta agitacion, á estruendo tanto, Lanuza acude con firmeza honrosa, Y el pundonor aragones y brío Con noble ardor en sus mejillas brotan.

DON JUAN DE LUNA.

Justicia de Aragon, un contrafuero Nos hace el Rey, y su remedio clama Con justa indignacion el reino entero. Del patrio amor la belicosa llama Hoy como nunca en nuestros pechos arde, Y nuestro aliento y corazon inflama. Si en vaga duda ó timidez cobarde Hoy á la suerte el triunfo se dejára, Para vencer, mañana fuera tarde.
¿ No basta que la paz se perturbára
Por largas y sañudas disensiones,
Que la discordia en Ribagorza alzára,

Ni que alzasen opuestas pretensiones Del Rey, de los señores y vasallos En Ariza y Ayerbe turbaciones;

Ni que osado Almenara injustos fallos Hoy demande en la córte del Justicia Sobre fueros que el Rey juró guardallos;

Ni que á Perez, con pérfida malicia, La Manifestacion negarse quiera, Del Santo Tribunal por la injusticia?...

Pero no basta, no... Gente guerrera Don Alonso de Vargas acaudilla, Y al Reino invade ya fuerza extranjera. Si al poder sucumbimos de Castilla, Verá Aragon sus fueros conculcados, Zaragoza el cadalso de Padilla...

DON JUAN DE LANUZA.

¿El cadalso? ¡Jamas! Ni nunca hollados Nuestros fueros serán ; que á la defensa Pueblos enteros correrán armados!...

Quizá Castilla temeraria piensa Que el brazo aragones hallará inerme ; Que Zaragoza aguardará indefensa ;

Que el pundonor en nuestros pechos duerme, Que doblarémos la cerviz al yugo Para que campos y ciudades yerme.

¡Pues ya que armarse á su altiveza plugo, Muéstrenos en la lid la noble espada, No la infame cuchilla del verdugo!... ¡Oid, aragoneses! Fuerza armada, De Don Diego de Heredia puesta al mando. Del paso de Alagon guarda la entrada.

El foral de la Union célebre bando Publicado está ya, y en nuestros muros Se van torres y puertas artillando.

¡Salven los fueros nuestros brazos duros, Armados con espadas y arcabuces! Los hijos de Aragon nunca perjuros Vieron del sol resplandecer las luces.

Nuevo tumulto á la mansion acorre Del Marqués de Almenara, y le aprisiona; Y mal herido por la airada gente, Rindió su aliento y su altivez odiosa.

Los de la Magdalena y de San Pablo, Gritando / Greuge! impávidos se arrojan Sobre la Aljafería, cuyas puertas A su furia tenaz cayeron rotas.

Salvan á Antonio Perez, y su triunfo Con fuertes voces por doquier pregonan, Y señalando á la bandera gualda, Cantan el mote de las letras rojas:

«Hagan fuero á Antonio Perez De la Manifestacion, Porque sólo á los herejes Los prende la Inquisicion.»

Al ancho, antiguo y prolongado Coso, Todos armados, con valor se agolpan, Y en las fenestras la hermosura agita El blanco lino y las rizadas tocas.

En los torreados muros suena el bronce; El eco zumba de guerrera trompa; El fogoso bridon la crin extiende; El sol refleja en las bruñidas cotas. Sobre un fuerte alazan, que en la carrera Menuda braja en derredor arroja, Llega Diego de Heredia, salpicada De lodo y sangre la armadura toda;

Con un bilbilitano capacete
Su frente cubre y su cabeza adorna,
Con su blason el refulgente escudo,
Con su cruz de San Juan la doble cota.
Ciñe espada tudesca, suspendida

Ciñe espada tudesca, suspendida Del ancho cinturon con ricas borlas, Por no deber á toledano acero Contra Castilla su defensa propia.

DON DIEGO DE HEREDIA.

Valientes hijos de Aragon, la suerte Contraria sobre el campo de batalla Hoy me quiso negar gloriosa muerte;

Empero vil temor no me avasalla, Porque el honor la infamia no consiente, Ni ante el poder de los malvados calla.

Para ganar la defendible puente Que enlaza del Jalon ambas riberas, Llevaba yo mi denodada gente;

Las barras en escudos y cimeras, La Virgen del Pilar en los pendones Y la cruz de Alcoraz en las banderas.

Godofre Bardají con dos cañones Impávido marchaba á la vanguardia, Ayerbe comandaba los peones.

El altivo contrario nos aguarda, Gritando en alta voz: «¡Viva Castilla!» Y apostando en la puente una bombarda. Nuestro valor al enemigo humilla; La bombarda ganamos y la puente, Y roto el tercio fué de Bobadilla.

Péro Mejía, capitan valiente, Experto militar en sus consejos, Que ornára en Flándes con laurel su frente.

Con fuerte tropa de soldados viejos De Pleitas y Grisen cruzó los vados, De la menguante luna á los reflejos; Y así, dos tercios de Aragon cortados

Fueron, y su auxiliar artillería Y sesenta jinetes desmontados. Al frente de su fiel caballería

Don Alonso de Vargas nuestro centro Cerraba con intrépida osadía.

La dura carga del primer encuentro Cien mosqueteros con su fuego atajan, Parapetados de la puente dentro;

Empero al peso abrumador se rajan Sus recias tablas, y al crecido rio Nuestros soldados entre ruinas bajan.

Todo fué perdicion... Al noble brío El pavor sucedió... Nuestros contrarios Pasaron el raudal á su albedrío;

Y siguiendo sus planes temerarios, Llenos de orgullo y de feroz falacia, Ya se aproximan por caminos varios... ¡Pedro Fuertes aquí!...

PEDRO FUERTES.

¡Nueva desgracial Ya son dueñas las tropas de Castilla Del Cármen, del Portillo y Santa Engracia

DON JUAN DE LANUZA.

¡Nunca el valor aragones se humilla!
Por la puente de piedra, por el vado,
Vamos del Ebro á la encontrada orilla.
El estandarte de Aragon alzado,
Será nuestra defensa la montaña...

DIONISIO PEREZ.

¡No hay salvacion!... ¡ El Ebro, desbordado, Cubre la puente, inunda la campaña!...

Ya dentro la ciudad los atambores De las tropas del Rey marcha redoblan, Y al hórrido estridor de las cureñas Los hombres callan, las mujeres lloran.

Don Alonso de Vargas en su pecho Ostenta del patron la insignia roja, Los blasones de España en las enseñas, El Toison con las cruces de Borgoña,

Y cubierto el escudo de las barras Con negro tafetan, como traidoras... ¡Injuria indigna al fuero de Sobrarbe! ¡Anuncio infame de venganza odiosa!

Ordena los cañones en el Coso, Al Justicia y parciales aprisiona, Al Reino desafuera por un bando, Y este cartel en la ciudad pregona:

«Mañana se cortará la cabeza en la plaza pública de Zaragoza al Justicia de Aragon Don Juan de Lanuza, por haber hecho levantamiento de gentes contra el Rey nuestro Señor. — Don Alonso de Vargas.»

Entre el espanto de las gentes mudo Tendió la noche sus opacas sombras, Para la sed de la venganza larga, Para la vida de Lanuza corta.

Y con feral, aterrador orgullo, La del dominador mano opresora Alzó un cadalso, de los fueros tumba, Donde la sangre aragonesa corra.

Y á Don Juan de Lanuza le condena. En público á sufrir muerte afrentosa, Sin prueba, en el papel, de su delito, Sin preguntarle una palabra sola.

Dorando el sol los altos chapiteles Que á la Salduba célebre coronan, Y al reflejar de sus radiantes luces Del Ebro patrio en las hinchadas ondas:

Guarneciendo sus calles y sus plazas Las armas de las huestes invasoras, Al pié de la cureña el botafuego, El guerrero clarin puesto en la boca;

Con grillos en los piés, llevado en ruedas, A las que paño funeral entoldan, Marcha el Justicia, con serena frente, Bajo el rigor de castellana escolta.

Aun de su rostro el tiempo y la desgracia El rosado matiz no descoloran, Aun su apuesto ademan guarda firmeza, Aun su noble valor constancia honrosa.

Por muestra del dolor, con negra gasa Cubierta lleva la heredada toga, Pues la reciente pérdida de un padre Su filial corazon recuerda y llora. Pregunta sin cesar modestamente Cuál era la ocasion de su deshonra, Por qué moria, en fin, y contestado Por Fray Pedro Leonardo de Argensola,

Que por sus culpas Dios lo permitia; Que lo mandaba el Rey y era oportuno... Lanuza interrumpió: «Yo lo decia Por ver si puedo disculpar á alguno.»

¡Tales fueron las últimas palabras Del Justicia infeliz, de Aragon gloria!... «Hoy debemos morir como cristianos», Tambien dijo en Castilla un alma heroica...

¡ Musas de Iberia, celebrad sus nombres!... Cuando la libertad fué defendida Con puro y patrio amor por dignos hombres, Y se vió por los déspotas vencida,

¡Con honra sucumbió! Cuando la hollaron Los hombres ambiciosos, turbulentos, Que con violencias el mandar ganaron, Siempre de orgullo y de rencor sedientos;

Dueños ya del poder, haciendo ultraje Al pueblo sufridor, sin gloria alguna, Llamaron libertad al vasallaje

Impuesto por su audacia ó su fortuna.

Empero, ¡oh libertad! hay pueblo noble
Que ni extranjera usurpacion consiente,
Ni duro imperio de ambicion innoble;
Pues alzándose fiero, armipotente,
Con justo empeño y bélica pujanza
Hace triunfar sus fueros con su lanza!

Á CÁRLOS TERCERO

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

SONETO.

No ya sobre dos mundos tu corona Afirma su poder y resplandece, Ni respetada nuestra armada ofrece Al libre viento su volante lona,

Ni la fama marcial nos galardona, Ni el bélico laurel nos engrandece, Cuando el bronce español sólo estremece La tumba comital de Barcelona (1).

Y ¿ésta es joh Dios! aquella monarquía Que su estandarte tremoló en Otumba, En San Quintin, Parténope y Pavía?

Vélate ; oh sombra! en tu gloriosa tumba, Hoy que al rudo huracan de la anarquía El trono de cien reyes se derrumba.

ÁNGEL DE SAAVEDRA.

DUQUE'DE RIVAS.

UN CASTELLANO LEAL.

I.

«Hola, hidalgos y escuderos De mi alcurnia y mi blason, Mirad como bien nacidos De mi sangre y casa en pro. "Esas puertas se defiendan, Que no ha de entrar, vive Dios, Por ellas quien no estuviese Más limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio Un fementido traidor, Que contra su rey combate Y que á su patria vendió. »Pues si él es de reyes primo, Primo de reyes soy yo; Y Conde de Benavente, Si él es Duque de Borbon; »Llevándole de ventaja,

"Llevándole de ventaja, Que nunca jamas manchó La traicion mi noble sangre, Y haber nacido español." Así atronaba la calle Una ya cascada voz. Que de un palacio salia, Cuya puerta se cerró;

Y á la que estaba á caballo

⁽¹⁾ Este soneto fué compuesto el 13 de Diciembra de 1842 cuando las tropas del Gobierno bombardeabana Barcelona,